



eran de aquellos que levantan polvo y rajan la tierra, a más de que dejan herido el orgullo hasta que se surtan las postrimerías del hombre, y un poco después.



Antes de que llegaran los largos, el doctor Nemesio Camacho, el más popular de todos los gerentes que tuvo el tranvía, había importado unos artefactos, también de 4 ruedas, pero cerrados, con silleas de mimbre aparejadas en "2 y 2", pasillo central, grandes ventanas de vidrio y una puerta trasera de salida, similar a la de los buses de hogano. Esos tranvías fueron bautizados, de inmediato, con el nombre de *Nemesias*. Sus rutas, como las de los abiertos, se distinguían por franjas diagonales, de colores, que llevaban al frente, y podían ver y entender hasta los no alfabetizados, los borrachos y los miopes. Entre los distintivos principales estaban el azul, que indicaba San Cristóbal; el blanco, que significaba Paiba; y el amarillo para Chapinero. Fue este el primer campo de acción de las nemesias, prolongado hasta la Avenida Chile (una de las pocas calles con nombre que han calado en nuestra capital) con la carrera 7a., de ayer, de hoy y de mañana. Las casas de Chapinero, especie de cuasimunicipio desanexado, se llamaban *quintas*. Tenían antejardín o grandes parques y se distinguían con nombres colocados en sus rejas de acceso, puesto que quedaban fuera de la nomenclatura urbana cuando fueron erigidas: Aranjuez; Invernés; Villa Adelaida; Villa Dolores; El Retiro; Santa Bibiana; El Refugio; Catania; La Carolina. Y desde luego, Las Margaritas, donde se hacían las mejores empanadas del barrio, de la ciudad, del país, del continente y —muy seguramente y hasta que otra cosa demuestren los marcianos, venusinos o turistas orbitales que algún día nos van a visitar— del Universo.

Bien pronto las nemesias se convirtieron en un estupendo centro de sociabilidad. En ellas se hablaba de política y literatura, de religión, de toros, de teatro y de las carreras del ya desaparecido hipódromo de La Magdalena.

Los cachacos —porque aún los había— ofrecían sus asientos a las damas, especialmente a aquellas que parecieran *estar esperando*, con inclusión de aquella muchacha que lo agradeció un día, derretida, "porque hace como una hora *que estoy*". No pocos *glaxos* y *fosfatinas* se conocieron en su cavernoso seno, y ahondaron amistades que se volvieron pri-